

El rey de Inglaterra pregunta á uno de ellos :

— ¿Cómo te llamas?

— Como el que me crió.

— ¿Y él?

— Como yo, ni más ni menos. Vengo de allí, voy allá, soy de nuestra ciudad y mi ciudad se halla rodeada de monasterios. Digo mentiras para hacer reír á la gente. Somos varios compañeros, aficionados á que nos conviden sin tener que aflojar la bolsa; bebemos sentados mejor que de pie; tenemos poco dinero y no vamos á la iglesia. No procuramos indisponernos con nadie; no somos ricos, pero nos hallamos contentos cuando tenemos lo suficiente.

La queja más frecuente que exponen es la de no ser bastante atendidos por los señores que los protegen.

— Cuando vamos á buscar posada nos reciben dos criados: Gruñón y Pequeño; es decir, nos reciben gruñendo y nos dan el peor sitio.

Dios crió tres clases de gente: los caballeros, los clérigos y los labradores. Ya se iba el Señor después de terminada su obra, cuando se encontró con una tropa de juglares que le gritaron:

— ¡ Señor deteneos! ¡ No nos habéis dado nada!

— ¿Qué es eso? dijo el Señor á san Pedro.

Y cuando se enteró, dió los juglares á los caballeros de lo cual quedaron muy descontentos, porque no recibían de ellos sino andrajos y mendrugos como los perros. Los encontramos siempre borrachos, jugadores, llenos de dados falsos; son capaces de las mayores picardías. Antecesores directos de Patelin y de Panurgo, rateros, ladrones y tramposos, siendo, fuera de eso, la mejor gente del mundo<sup>1</sup>.

En la sala baja y ahumada llena de bebedores, reina un acre olor de cerveza y de bebidas fermentadas. La pintura se agrieta y se cae de las viejas paredes. Forman el techo gruesas vigas de encina, de las que penden jamones envueltos en vejigas grasas y sucias. Vense colgados de las paredes picheles y jarros de grosera loza, vasijas de estaño y cántaros de gres. La chimenea es ancha y profunda, y su gran campana ocupa hasta la tercera parte de la pared, extendiendo, en toda su longitud, su dintel de madera que descansa sobre dos pilares de piedra azulada y ennegrecida en varios sitios. Ocupa el centro de la tablilla de encima, un Cristo viejo de cobre á cuyos lados se ven dos castillejos de cartón coloreado, recortado perfectamente y encolado; están montados sobre frágiles varillas de madera y representan el uno,

1. En nuestra literatura medioeval se mencionan á cada paso los juglares y juglaresas.

Es indudable la existencia de juglares árabes que andaban por las comarcas cristianas. El arcipreste de Hita cita los instrumentos que usaban. La ley de Partida disponía que los juglares no cantasen sino cantares de gesta ó de hechos de guerra. Además, en el *Libro de Apolonio* hay un cuadro delicioso en que aparece Tarsiana, la hija de Apolonio, convertida en juglaresa y ejerciendo su oficio en el mercado. (N. del T.)

la Pasión, y el otro la adoración de los Reyes Magos. Las figurillas son de cera, torpemente modeladas; sus fisonomías, apenas esbozadas, conservan una expresión de asombro. El follaje es de papel pintado, pero en el establo hay verdadera paja cortada muy menuda.

El atrio de la chimenea está ennegrecido por las lumbraradas de las largas veladas de invierno. Guarnécenlo dos pesados morillos de hierro encima de los cuales penden unas pesadas llaves ennegrecidas por el hollín. Á ambos lados se hallan dispuestos los instrumentos de atizar, la badila, la horca para el asador y los tubos de hierro que sirven de fuelle.

Sentados en escabeles de maciza encina hablan alegremente los bebedores, pegando en la mesa con sus jarros de estaño y cantando canciones nuevas entre dos partidas de dados. Nos hallamos en la taberna de los troveros, de la gente alegre y desenfadada. Allí van á olvidar las dificultades de la vida, la miseria de la víspera, los insultos y desdenes de los ricos burgueses, las infidelidades de sus amantes y el fastidio de haber tenido que estar cantando un poema toda la tarde á la mesa de un conde. Allí van á parar los modestos salarios de aquellos recitadores á sueldo y desaparecen en la ávida escarcela de la gentil posadera; el resto sirve para pagar deudas de juego. No hay nada tan jugador ni tan alegre como un trovero. Cuenta la leyenda que un trovero, después de su muerte, bajó á los infiernos y, habiéndose encontrado con san Pedro, le invitó á jugar á los dados. El Santo perdió varias almas.

Indisciplinados y burlones hablan mal de todo y de todos, especialmente de los que no les pagan<sup>1</sup>. Desprecian al hombre del pueblo, al villano de quien nada tienen que esperar. Cuando hablan de él, lo hacen como si se tratase de un ser incompleto é inferior, más bestia que las mismas bestias. El herrero dice al villano: « Toma esa herradura. » El hierro estaba aún caliente y el villano se quema. « Pedazo de imbécil, le dice el herrero, debiste escupir primero encima y así hubieras visto que no estaba frío aún ». El villano, quemado y contento, le da las gracias y vuelve á su casa. Por la noche, cuando la sopa humea encima de la mesa, el villano no deja de escupir en su escudilla, para asegurarse de que la sopa no está demasiado caliente. Con este grado de estupidez lo pintan los juglares, y por este estilo son los cuentos que circulan y se oyen mientras beben y juegan. De aquí nacieron esos alegres *fabliaux* que formaban las delicias de nuestros padres, cuentos siempre verdes y chispeantes, á que se mostraba muy aficionada la mejor sociedad de aquella época. Los troveros repasaban

1. Recórrase el *Cancionero de Baena* y se verá cuanta era la osadía, la mordacidad y la desvergüenza de muchos de los trovadores que en ella figuran, como Villasandino, Jerena, el mismo Baena y otros. (N. del T.)

alegremente su repertorio en la taberna y lo enriquecían con frecuencia. Un suceso nuevo, el escándalo del día, un chisme de vecindad, suministraban materia para una pieza nueva en que el trovero mostraba su habilidad. Allí se decía cómo un arriero de Mompeller, acostumbrado á transportar la basura de la ciudad, se había puesto malo al pasar por la calle de las Especias y de los Perfumistas y no había vuelto en sí sino encima de un montón de basura. Allí se inventaban los cuentos destinados á entretener al público, el *fabliau del Pobre Clérigo*, del *Caballero de la Espada*, del *Monje que amaba á San Pedro* ó del *Juglar en el Paraíso*, etc.

Y al amarillento resplandor de los humosos candiles prorrumpían en ruidosas carcajadas, acompañándose con los golpes que daban con los cubiletes en las cojas y sucias mesas.

— Vamos primo Tibaldo ¿hacemos una partida?

— Con mucho gusto, maese Alano.

Y hete á los alegres compadres, jarro en mano, rodeados por los compañeros que se suben en los escabeles y en las mesas, y forman pintorescos grupos; cruzan en todas direcciones, como cohetes, bromas y carcajadas, é ilumina el placer los rubicundos rostros; es aquello un fuego graneado de monumentales sátiras contra los monjes, los clérigos, el rey, la Sorbona, el Tercer Estado, los mercaderes y la sociedad entera, en medio de la pesada atmósfera cargada con los vapores del clarete, del medoc y del hipocrás, que escancia con alegre sonrisa la joven hostelera de desnudos brazos y rojo corpiño.

Á la hora en que hace su ronda la justicia y en que los sargentos de armas van á golpear en la puerta de la taberna con el cuento de sus halabardas para avisar á la dueña que es hora de cerrar, vaciarse los vasos y se vuelcan los dados por última vez; todo el mundo se levanta y sale cantando alguna balada á la luna ó algún motete en honor de Isabel, la hermosa de la esquina.

En la calle estrecha, negra y desierta, agitanse las sombras al separarse. Los puntiagudos tejados y las altas chimeneas destacan sus extraños perfiles sobre el fondo gris del cielo; brillan las ventanas á la luz de la luna, salpicando con brillantes notas las sombrías paredes coronadas por almenadas torrecillas. Poco á poco van apagándose las luces, excepto en la taberna de los troveros. Por las vidrieras multicolores salen rayos azules y rojizos que se dibujan en el pavimento de la calle. Encima de la puerta, colgada de un brazo de hierro artísticamente forjado, rechina balanceada por el viento la muestra de latón en que aparece un juglar que, con el pie en un escabel, alza su vaso y bebe á la salud de su linda amiga.

Se ha dormido la ciudad y los troveros vuelven á sus casas; cada uno va en busca de la callejuela estrecha y ahogada en que tiene su

vivienda. Detiéndose ante la puertecilla baja y desvencijada de su sucia casucha; empuja la puerta, sigue á tientas el obscuro pasillo, sube la insegura escalera y vuelve á su pobre y desnudo zaquizamí que alumbra la luna por un tragaluz. Tiéndese luego en su camastro y ve en sueños grandiosos festines, mesas cargadas de rica vajilla y deliciosos manjares, rodeadas de una sociedad rica y lujosa, compuesta de señores con jubones de terciopelo y damas con ricos trajes descotados, mientras que él, bajo un dosel de púrpura, acompañándose con la viola, canta las hazañas de Lanzarote del Lago, de Perceval ó de Guillermo Fierabrás.

En los *fabliaux* desempeña siempre el papel más simpático el clérigo estudiante: la mayor parte de los juglares son clérigos que no llegaron á sazón y universitarios que erraron el camino; por lo demás, sería imposible sacar de los *fabliaux* indicios de odio ó de venganza de los humildes contra los grandes. Si hay algunos casos en que los señores son objeto de burlas, la nobleza es siempre respetada: la mejor razón de ello es sin duda que la nobleza constituía el auditorio ordinario y la clientela de los juglares.

En cambio, tampoco se ataca de un modo regular y constante á la clase pobre y, si á veces el villano aparece como un alcornoque y un palurdo, no siempre desempeña dicho papel; en cuanto á la burguesía rica, es considerada por lo mismo que paga. En resumen: el juglar ajusta sus preferencias y sus gustos á los de sus clientes, ya nobles, ya de la clase acomodada.

Las víctimas en quienes más se ceba la sátira de los juglares son las mujeres<sup>1</sup>, lo cual establece una notable diferencia entre esta poesía y la caballescaca de los siglos XII y XIII, en las que la mujer resultaba idealizada, adorada y exaltada por la dócil obediencia del caballero<sup>2</sup>. Muy diferente es el retrato que de ella hacen los *fabliaux*, en los cuales aparece viciosa, llena de tachas, lúbrica y mentirosa, que hace á su marido perpetua víctima de su astucia y perversidad; en cambio el marido, viejo avaro y necio, autoriza y justifica esta burla perpetua.

En este tipo de la mujer pérfida y degradada, parece que se reconoce la concepción oriental del desprecio hacia ella, que ya se observa en el símbolo de la serpiente en el paraíso. El origen oriental de estos cuentos explicaría en parte semejante disfavor y puede ponernos en guardia contra la fidelidad de la pintura, imagen tan poco adecuada de la

1. Esta clase de diatribas abunda en la literatura medioeval, pero no creo que tengan el origen oriental que supone el autor. El más antiguo modelo de esta clase de poesía entre nosotros son los versos latinos del clérigo Adán contra las mujeres y acerca de las virtudes del dinero. Este odio á la mujer nace más bien del espíritu y de los escritos de los padres del yermo. (N. del T.)

2. Acerca de esta galantería, dice Menéndez Pelayo: «No es menos de reparar en nuestros *Cantares de Gesta* la total ausencia de aquel espíritu de galantería que tan neciamente se ha creído característico de la Edad Media, cuando á lo sumo pudo serlo de su extrema decadencia.» (N. del T.)

sociedad de entonces, como lo es de la de nuestros tiempos la que se refleja en las novelas y el teatro contemporáneos.

Tanto ó más que la mujer es maltratado el sacerdote por los juglares, sin duda por espíritu de represalias, pues el clero se mostraba entonces tan severo con ellos como lo fué más tarde con los cómicos.

La mayor parte, de los *Fabliaux* relatos anónimos de la tradición oral y de la voz del pueblo, tienen autores conocidos, tales como Felipe de Baumanoir, Enrique d'Andeli, ó también antiguos estudiantes sin carrera, curas y frailes que habían colgado los hábitos, clérigos errabundos que vivían de la menestralía, ó juglares de profesión<sup>1</sup> como Boivin de Provins, Barbier de Melun, « de rostro florido como un grosellero » y otros juglares hábiles en el arte de hacer reír á la gente y dispuestos siempre á perder su ganancia en el juego y en la taberna. Á éstos deben agregarse los troveros del país de Artois, como Eustaquio de Amiens, Huón de Cambrai; los de la Isla de Francia, como Rutebœuf, Courtebarbe, Juan el Capellán, Guérand, Colín Muset y otros tipos igualmente despreciados en aquella época, insensible á la dignidad literaria, que confundía el servilismo con el talento, al bufón con el poeta, que no hacía distinción entre el trovero que cantaba hermosas canciones de gesta y el menestral que sólo sabía *fabliaux*, y que concedió á la literatura casi el mismo rango que las tribus del Sudán reservan á sus poetas, los *griots* ó cantores campesinos<sup>2</sup>.

Á partir del siglo xiv, el menestral errante fué siendo cada vez más raro; la profesión trajo consigo la sumisión á un patrón mediante salario; los señores tuvieron cada uno su juglar lo mismo que su médico. Watriquet Brasenel, Santiago de Baisieu y Juan de Condé rimaron los últimos cuentos; los *fabliaux* desaparecieron hacia 1320 con los demás géneros contemporáneos suyos, como canciones de gesta, romances de aventuras y canciones de amor; la literatura se renueva entonces, se hace menos sencilla y más sabia, menos espontánea y más reflexiva; muere el juglar y renace hecho poeta.

FÁBULAS. — Los *fabliaux* son cuentos cuyos originales se han perdido casi por completo. Las fábulas están sacadas, no de Esopo, sino

1. Es curioso que en la lista de los *juglares* no figuren *juglaresas* que tanto papel desempeñan en la literatura española medioeval, como lo demuestran los cancioneros y las obras del Arcipreste. Recuérdese el caso del trovador Jerena, que se casó con una juglaresa morisca, « pensando que avía mucho tesoro » y, después de casado, « falló que su mujer non tenía nada. » (N. del T.)

2. No sucedía lo mismo en España. Es verdad que cultivaban la poesía nobles y plebeyos. La corte de D. Juan II, de la que ha trazado tan brillante cuadro el Sr. Conde de Puymaigre, era una verdadera corte de Amor, donde triunfaban los poetas, cualquiera que fuese su condición, gracias al espíritu democrático que siempre reinó en España. (N. del T.)

de Fedro y de Aviano. El *Romulus* es una paráfrasis en prosa de Fedro, de la que se han hecho numerosas derivaciones en Francia, en particular las fábulas de María de Francia (siglo xii), el autor de los *lais bretones* y del *Purgatorio de San Patricio*, que ha sabido ahogar el texto de Fedro con cuadros pintorescos y escenas vivas y llenas de observación. Trabajó con una traducción inglesa.

Vicente de Beauvais, monje del siglo xiii y autor de una gran enciclopedia *Speculum historiale, naturale, morale, doctrinale*, imitó unas veinte fábulas del *Romulus*. Los *Esopetes*<sup>1</sup> (Esopete de Lyon, Esopete I, Esopete II, Esopete de Chartres) y el *Avionnet* son igualmente colecciones de fábulas imitadas de Fedro, á través de las imitaciones llamadas *Romulus*, el *Anónimo de Nevelet* y el *Novus Aesopus* de Neckam. Algunos se inspiraron también en cuentos orientales importados por los judíos, como la colección de Berachyah (siglo xiii), *Mishle Shualim*, ó parábolas del zorro y antes que éste, la *Disciplina Clericalis* de Pedro Alfonso<sup>2</sup> (siglo xii), colección de cuentos indios de que se hicieron dos traducciones francesas, le *Castoiment d'un père à son fils* y la *Discipline de Clergie*.

Las Cruzadas multiplicaron las relaciones con los pueblos de Oriente y la afición á los cuentos de Levante. El género de los Esopetes adquirió gran desarrollo, llegando á comprender toda la literatura simbólica alegórica y edificante, — vasta moral en acción de la que Steinhöwel debía formar en el siglo xv un cuerpo completo, que seguramente no desconoció La Fontaine.

Este género fué favorecido por la tendencia, muy general entonces, de moralizar á propósito de todo, y de interpretarlo todo según el gusto del nuevo espíritu filosófico que se iba despertando. Su desarrollo dió origen á la literatura tan viva y maravillosa de los *Romans de Renart* (*Cuentos del zorro*)<sup>3</sup>.

El *Roman de Renart* es una colección de poemitas, llamados *ramas*, que ha ido aumentando sin cesar con continuas adiciones y con un incesante aluvión de maliciosos relatos. ¿Cuándo empezó á formarse? Es imposible fijar el momento en que se formó el núcleo primitivo de esta

1. Se daba el nombre de *esopetes* en la Edad Media á las colecciones de fábulas esópicas en lengua vulgar. Nuestro Arcipreste de Hita los conocía á fondo y se sirvió de ellos en sus obras. (N. del T.)

2. Pedro Alfonso era un judío español de Huesca, llamado Moises Sephardi. Se convirtió en 1106, siendo su padrino Alfonso V de Aragón. (N. del T.)

3. Los cuentos de zorros y zorras abundan en las tradiciones populares españolas, pero no han llegado á formar cuerpo y á constituir un género. Nuestros más populares escritores contemporáneos, Fernán Caballero y Trueba, han sacado gran partido de estos cuentos, dándoles nueva forma. (N. del T.)